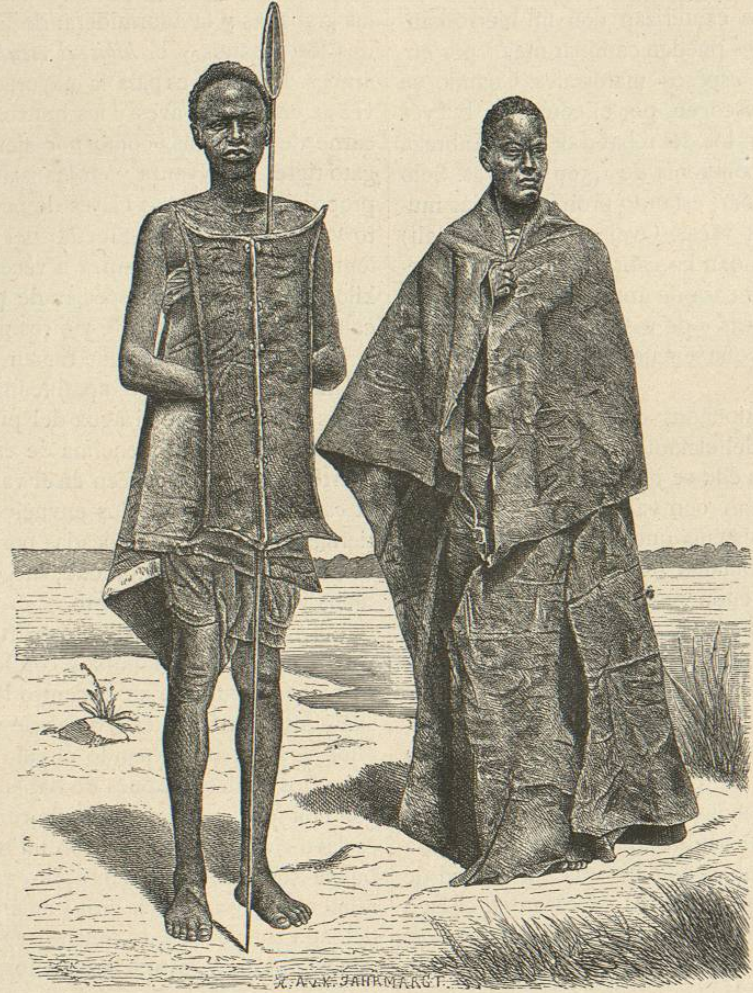


vasos no les bastaban. A consecuencia de este exceso en la bebida, una buena parte de las llamadas clases altas se encuentran por la noche en un estado de semi-embriaguez. El comer de un modo desmedido es también un vicio muy extendido entre los wagandas: á Felkin le enseñaron algunos hombres que en una comida devoraban una cabra entera. No son más sobrios en el fumar, y en esto las mujeres en nada ceden á los hombres, bien que no toman el tabaco en rapé ni lo mascan. El excelente tabaco de Uganda se fuma siempre puro, sin mezcla alguna de materias extrañas,

y las hojas se conservan enteras, no prensadas, á modo de pastillas.

Los wagandas y los wanyoros, como pueblos eminentemente guerreros que son, figuran entre los mejor armados de Africa. Las armas de los wagandas consisten en las lanzas, las más de las veces primorosamente trabajadas, que tienen unos dos metros de largo y cuyas puntas de  $\frac{1}{2}$  de metro están perfectamente pulidas. Llevan además un escudo ovalado y largo de una madera muy ligera, algo encor-



Wanyoros: guerrero y princesa (de una fotografía de Ricardo Buchta)

vado hacia atrás y sobretejido con delgadas ramas de una enredadera; este escudo cubre casi todo el cuerpo, es saliente en su centro y está vaciado para que no pese tanto. Por detrás lleva adherida una asa hecha con mimbres que afecta á menudo la forma de un lagarto ó de otro animal cualquiera.

Permítasenos decir algunas palabras acerca de las distintas formas de escudos que encontramos en el pequeño espacio comprendido entre el alto territorio del Nilo y el de los lagos ecuatoriales, y que pueden dividirse en dos grandes grupos, á saber, tejidos y de piel, cuyos modelos son el de los nyam-nyam para los primeros y el tan conocido escudo de los zulús para los segundos. Consiste aquél en un tejido de juncos negros y blancos, cuyo borde está reforzado con un palo también sobretejido que corre por todo su alrededor. Las tiras blancas forman figuras geométricas en las caras exterior é interior del escudo. En la parte interior hay una abrazadera cuadrada y negra entretejida con juncos blancos y fijada por medio de algunas cañas blancas. Los escudos de los nyam-nyam del Oeste son menos sólidos

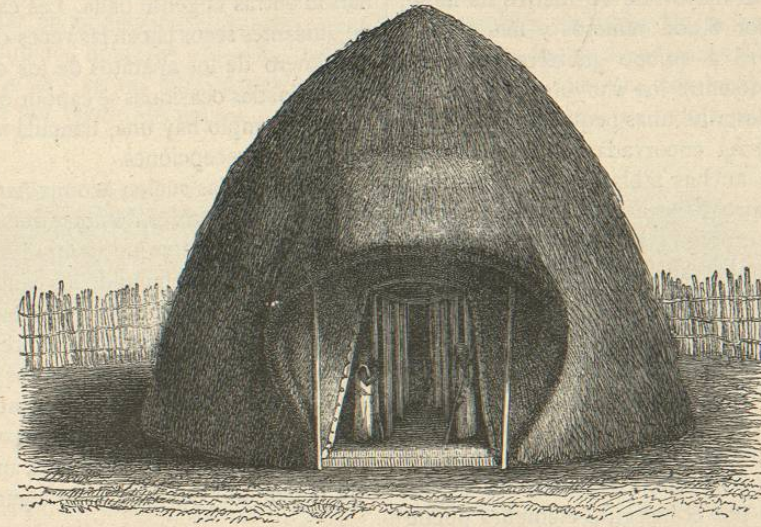
y más toscos y tienen el borde cubierto por una piel. El escudo de los wanyoros es de madera, elíptico, puntiagudo y de superficie encorvada, con una especie de ombligo cónico, tejido por delante y por detrás con cañas y adornado en el borde con una piel. En el extremo opuesto de esta serie de escudos figura el de los schulis, que es el mismo de los zulús perfeccionado, muy parecido á éste y formado con un trozo de piel gruesa (de hipopótamo?): tiene la forma rectangular y en sus lados longitudinales está ligeramente festoneado y abotagado: por detrás está atravesado de arriba abajo por un palo adornado con plumas, tiras de pieles entrelazadas y á veces con anillos de hierro y clavado por medio de piezas de este metal. El escudo de puño de los turkany es imitación del escudo zulú, especialmente el de los schulis: es de piel gruesa, rectangular, festoneado por los lados, tiene el palo sobretejido de pieles, dos abrazaderas de piel en la cara posterior y está adornado en su extremo inferior con anillos de hierro. Por ahora nos contentamos con señalar el contraste que ofrecen estas dos formas principales, de las cuales la una está extendida por

toda el Africa oriental desde el alto Nilo hasta la punta Sudeste, al paso que la otra acusa las formas abisinia, árabe y sudanesa.

Los wagandas usan, además de las lanzas, el arco y la flecha. Los arcos, bastante grandes, tienen muy poca elasticidad, y las flechas son de un metro de largo aproximadamente y algunas veces van provistas de garfios terribles y están envenenadas. Gracias á la rigidez del arco, pueden los Wagandas hacer blanco con una flecha á 30 metros de distancia. Además de sus armas indígenas, poseen los Wagandas un número considerable de fusiles que, según refiere Wilson, saben manejar bastante bien.

La importancia de los wagandas como nación estriba principalmente en sus instituciones guerreras que imprimen un carácter especial á toda su existencia y á su gobierno. Todo

individuo que puede llevar escudo y lanza es soldado. Cuando el rey, de acuerdo con el consejo, resuelve llevar á cabo una expedición guerrera, se toca el gran tambor de guerra, y á la mañana siguiente se reúnen numerosos grupos de guerreros delante del palacio, dispuestos para la lucha, despojados de todas sus vestiduras, salvo el paño que llevan atado á la cintura, y con los rostros pintados de blanco ó de rojo. En Unyoro, los guerreros llevan como distintivo de guerra una hoja de plátano ó un trozo de tela de corteza colocadas en la frente. El rey está de pie delante de la puerta del palacio armado de un escudo y de dos lanzas de cobre que sólo pueden llevar el monarca y los caudillos más ilustres, y rodeado de sus magnates provistos de iguales armas. Cada compañía de guerreros se presenta ante el rey bailando y gritando y le jura por medio



Portal para audiencias del rey Mtesa en Rubaga (según Stanley)

de una serie de gestos agresivos fidelidad y venganza contra sus enemigos. Después de haberse apartado á un lado, se va agrupando poco á poco al rededor del rey un ejército poderoso, dejando en el centro un espacio libre en donde se van situando los nuevos grupos de guerreros para prestar el juramento de fidelidad. Cuando se ha reunido la mayoría de los guerreros junto al palacio, el rey llama á los caudillos que han de mandar el ejército y les comunica sus órdenes, después de lo cual se disuelve aquella gran reunión. Entonces los caudillos mandan comparecer á los distintos *butongólis* que han de proporcionar los guerreros y se fija cuántos aportará cada cual y cuándo y dónde se reunirán con los otros: los contingentes van emprendiendo la marcha y de esta suerte todo el ejército se pone en movimiento hacia el teatro de la guerra. En el combate, cada hombre lleva dos ó tres lanzas: los guerreros avanzan en desorden, bailando y dando grandes gritos, contra el enemigo, y cuando están cerca de éste le arrojan una ó dos lanzas y luchan cuerpo á cuerpo armados con la última que les queda. Cuando sucumbe el jefe principal, todo el ejército emprende la fuga: los prisioneros son reducidos naturalmente á la esclavitud, á no ser que la guerra sea devastadora, en cual caso todos los prisioneros son asesinados, consistiendo por ende el botín únicamente en rebaños. Además de estas milicias, hay un ejército permanente constituido por la policía y compuesto, en Unyoro, de 1,000 hombres, según datos de Baker: este ejército permanente forma, además, una guardia, denominada *wanosura*, que rodea constantemente al rey y vive del robo, y en la cual son admitidos todos los esclavos desertores, todos los criminales, todos los deudores morosos.

Stanley nos ha descrito de una manera notable una expedición guerrera del rey Mtesa que fué de importancia suma para él y para sus súbditos. Los caudillos iban uno tras de otro, sin que se distinguieran por el orden de su marcha: formaban en primer lugar las tropas auxiliares, luego los guerreros escogidos que andaban á paso ligero y gritaban *kavya, kavya* (las dos últimas sílabas de la palabra *Mukavya*, rey) y en último término la guardia de corps, rodeando al monarca y á su primer ministro: este último llevaba una túnica que antes había sido regalada á Mtesa probablemente para engañar á los asesinos que quisieran matar al rey. Con las tropas que venían más atrás iba el harem de Mtesa compuesto de 5,000 mujeres. Cada batallón se distinguía por sus toques especiales de tambor, fácilmente reconocibles á lo menos para los indígenas. Marchaban de prisa «pues es su costumbre andar al trote siempre que emprenden algo que tenga carácter guerrero.» Mtesa se había pintado el rostro de encarnado para esta expedición y todo su ejército se había arreglado de una manera análoga. Para aplacar al terrible Muzimu ó espíritu malo y para hacerse lo propicio, es costumbre antes de una batalla presentar al monarca todas las bebidas y todas las cosas que en Uganda tienen poder mágico para que las toque ó por lo menos las señale con su dedo índice. Durante el combate, los hechiceros y hechiceras recitan sus fórmulas de conjuros y levantan sus amuletos delante del enemigo. El estrépito y la gritería con que los wagandas van á la guerra no guardan proporción con el valor que en ella demuestran, pues pasan días enteros combatiendo simplemente con palabras.

Los wagandas poseen una numerosa flota de canoas

de guerra, que están distribuidas en las numerosas islas que existen cerca de la orilla de Uganda, de suerte que cada caudillo de una isla tiene en custodia dos ó tres canoas. Algunas de estas canoas de guerra pueden contener 40 hombres y todas ellas están bien construídas. En cada canoa hay un número determinado de guerreros y aproximadamente la mitad de remeros que están cubiertos por medio de escudos. Las canoas de guerra tienen una especie de espolón encorvado y adornado en su punta con algunos cuernos de antílope, que se enlaza con la busarda por medio de una franja de hierba. La embarcación va gobernada por los dos últimos remeros. Stanley calculó que la flota de guerra de Uganda que se encontraba diseminada por el Victoria Nyanza se componía de 325 canoas, pero el número total de las que entonces poseían los wagandas ascendía á 500, la mayor de 20 metros de largo, tripuladas en conjunto por 8,000 remeros y marineros y que podían conducir de 18 á 20,000 guerreros para un desembarque. Speke no vió entre los wanyoros más que árboles huecos. Emin Bei describe unas pequeñas barcas que vió en Rubaga con las proas encorvadas y adornadas con cuernos de antílope, con anchas tablas cuyos intersticios estaban rellenos con barro y corteza. También ostentan en vez de punta un largo espolón triangular, colocado probablemente para que la embarcación pueda con más facilidad penetrar por entre los cañaverales. Emin Bei vió aventurarse en una de estas barcas á navegar por el lago en un día de viento á dos ó tres personas, de las cuales la una gobernaba con un remo en forma de pala, mientras otra remaba ora hacia la derecha ora hacia la izquierda, habiéndose convencido prácticamente de que remar en uno de estos botes no era cosa difícil. Este sistema de navegación y el aventurarse por el inseguro elemento puede considerarse como un hecho notable en la vida de estos pueblos. Rara vez encontramos un progreso igual en los pueblos de Africa tan fuertemente encadenados á la tierra que habitan en esta parte del mundo la menos organizada.

Si antes de ahondar en las regiones espirituales de la vida de estos pueblos, echamos una mirada sobre las condiciones de carácter que en ellos se descubren, veremos desde luego claramente que en ellas, como en todas las demás aptitudes intelectuales, aparece un desarrollo más elevado del que encontramos en otros muchos africanos; pero el contraste no es tan grande que pueda ser señalado con pocas y claras palabras. Cabe pensar que este mayor grado de civilización, considerada ésta en su conjunto, esta tendencia al orden y á la pureza que inconscientemente se dirige á un lejano objetivo de mayor dignidad humana, este gobierno más firme y más solícito, este ejército mejor organizado, y tantas otras cosas en este orden, no pudieron desenvolverse sobre una base puramente intelectual, sino que se han debido, por lo menos en parte, á una constancia y energía superiores á los caracteres. Todo esto se explica más fácilmente estudiando los frutos que consignando palabras.

El espíritu de sociabilidad, que encontramos extraordinariamente desarrollado entre estos pueblos, está apoyado por la predilección que sienten por la música: no quiere esto decir que sean mejores artistas que los demás africanos, pero sí que cultivan aquel arte en mayor escala y con más medios que éstos, así es que tienen bandas de música regulares como la que tocaba cuando Speke fué recibido por Mtesa, que se componía de doce flautistas y cinco tambores. El principal instrumento de los wagandas es el arpa, *nanga*, formada por una caja armónica de madera, encorvada y cu-

bierta con una piel de animal sobre la cual hay tendidas 6 ó 8 cuerdas de tripa. Este instrumento se toca con los dedos. En cuanto á tambores, *ng'oma*, los poseen los wagandas de todos tamaños: algunos grandes y de agradable sonido — varios de ellos fabricados por anteriores soberanos — los encontramos en poder de los príncipes. Cada uno tiene su nombre especial y todos son custodiados muy cuidadosamente y sólo se usan en las grandes solemnidades. La *wadinda*, que por regla general tocan los niños, es una marimba sin la caja armónica de calabaza. Otros instrumentos predilectos son las flautas, *ndelle*, de caña ó del tronco de una planta umbelífera, y los cuernos hechos con las astas de los bueyes ó de los antílopes que se soplan por un lado. Además de estos instrumentos de música suelen llevarse en las muñecas y en los tobillos campanitas de hierro que suenan mientras la gente baila. Las calabazas lagenarias llenas de guisantes secos hacen las veces de sonajeros y figuran en el número de los aparatos de los doctores milagrosos. En determinadas ocasiones se cantan ó se tocan ciertas sonatas, así por ejemplo hay una, llamada *milele*, que se ejecuta en las grandes recepciones.

Los wagandas suelen acompañar el canto con la nanga ó arpa. Hay cantores de fama que los reyes y los caudillos tienen en la corte y que siempre forman parte del séquito de los monarcas. A menudo los cantares se improvisan, pues el idioma se presta mucho á ello, haciéndose alusiones á los sucesos del día ó á las personas presentes. Algunos de estos cantos son alabanzas al rey ó á los grandes caudillos, otros son lamentaciones mortuorias, cantares tristes dedicados á la muerte de un caudillo ó guerrero. Copiamos de Wilson dos muestras de estas canciones, una en honor de Mtesa y otra lamentando la muerte de algunos caudillos.

## I

Tus pies son martillos; — tú, hijo de la selva (1). — Grande es el miedito que inspiras, — grande es tu cólera; — grande es tu paz, — grande tu poder.

## II

¡Tú, que separas á los hombres (2)! — ¡Oh Sematimba! — Ellos sacrifican cabras; — ellos sacrifican inútilmente cabras por tí. — El hijo del rey, — no es orgulloso, — regala con profusión vino de palmera. — ¡Lubinga, Lubinga! — Aquel de quien yo hablo, — no es orgulloso, — pues regala con profusión vino de palmera. — ¡Mkwenda, Mkwenda! — Que vive en Chikongi (3). — Aquel de quien yo hablo, — no es orgulloso, — pues regala con profusión vino de palmera.

Además de sus semi históricas leyendas de reyes, de las cuales nos ocuparemos más adelante, tienen estos pueblos, como otros africanos, muchas historias de animales que recuerdan las de los bosquimanos y las de los hotentotes. He aquí un ejemplo. Cierto día formó el cocodrilo con la liebre una alianza de amistad y una vez hecho el pacto dijo la liebre al cocodrilo: «Llévame á tu casa, amigo mío, para que la vea.» Y se fueron al otro extremo de la isla: al llegar allí, dijo el cocodrilo á la liebre: «Entra en la casa, mientras busco un regalo y llama á mi mujer y á mis hijos para que salgan á saludarte.» La liebre entró, en efecto, siendo recibida por la hembra del cocodrilo y por sus hijos: aquella se fué después al huerto á buscar plátanos, dejando á los hijos en casa: durante su ausencia, el huésped vió que los hijos estaban debajo del canalón de la casa y haciendo presa en ellos se los comió. Temiendo ser descubierta gri-

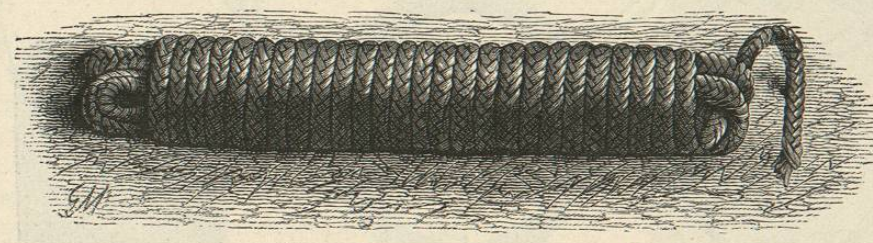
(1) El hijo de la selva es el león, símbolo de la dignidad real.

(2) Alegoría de la muerte.

(3) Chikongi es el cementerio de Mkwenda.

tó inmediatamente á la hembra: «¡Oh, querida amiga! Llama á tu hombre para que me transporte á tierra firme, pues las casas del otro lado de la isla arden», oyendo lo cual ella llamó á su hombre que se cargó á la liebre sobre las espaldas y se lanzó con ella en el lago. Cuando estaba á mitad del camino, llegó la mujer corriendo á la orilla y gritó: «¡Cocodrilo, cocodrilo, cocodrilo!» pero su hombre que hacía mucho ruido al azotar las olas, no oyó bien lo que le decía y preguntó á la liebre: «¿Qué quiere mi mujer? — Dice, contestó aquella, que te apresures porque todas las casas están envueltas en las llamas.» El cocodrilo llegó á tierra y la liebre echó á correr hacia el bosque. Cuando el cocodrilo regresó á su casa, salióle al encuentro su mujer diciéndole: «¡Loco! te llamaba para decirte que el huésped se ha comido á nuestros hijos.»

El sistema que para contar tienen estos pueblos no parece tener nada que envidiar en perfección al nuestro, pues hasta 1,000 tienen los números nombres especiales (véase pág. 131). En sus embajadas y en sus narraciones, ayudan los wagandas la memoria por medio de palitos y otras co-



Un rollo de cuerda tejida en forma achatada, de Uganda, (según Baker)

que no pueden ser descritas. El único juego propiamente dicho que conocen los wagandas es el *mveso* que se juega, como entre los africanos occidentales y los árabes, entre dos personas en un tablero provisto de 32 agujeros y con cierto número de piedras y que requiere suma habilidad en el contar. A los niños se les ve, como en todas partes, hacer tortas de barro en los caminos ó imitar en sus juegos las ocupaciones de los adultos.

La religión de estos pueblos, según confesión de un sabio misionero (Wilson) es, bajo algunos conceptos, más razonable que la de muchas otras tribus negras: la idolatría propiamente dicha es entre ellos desconocida. Los wagandas y los wanyoros creen en un ser supremo, Katonda, que ha creado al mundo y á los hombres; pero no le hacen objeto de culto divino porque, á su juicio, está demasiado alto para cuidarse de los hombres. Esta idea parece quizás demasiado optimista, aun cuando no puede reconocerse con Speke que el espíritu de las creencias de estos pueblos se manifieste con un «impuesto á ciertos malos espíritus.» No obstante, adoran algunas divinidades bajas ó demonios, llamadas *lubari*, que son más fáciles de comprender de lo que suelen ser muchos espíritus de Africa, habitan en determinados lugares ó comarcas y ejercen un poder especial sobre ciertos objetos. El más elevado y temido de todos ellos es Mukusa, el dios ó lubari del lago Nyanza que, como Neptuno, vive en el lago y gobierna sus aguas. De cuando en cuando fija su residencia en alguna persona, hombre ó mujer, á la cual desde aquel momento se considera como oráculo de Dios y en calidad de tal se le atribuyen poderes sobrenaturales, pudiendo curar enfermos, alejar la lluvia, atraer el hambre y la peste y predecir el porvenir: como representante y encarnación de la divinidad, tiene esta persona extraordinaria influencia en el ánimo del pueblo y de los

caudillos y ejerce, por ende, mucho poder sobre el gobierno del país. Antes de emprender un viaje hacen siempre los wagandas sus sacrificios á Mukusa para tenerle propicio: para ello júntese las canoas á cierta distancia de la playa, y se levanta un caudillo quien poniendo algunos plátanos y otros frutos en un remo y teniendo á éste levantado sobre el agua, pide á Dios que les conceda un buen viaje y un feliz regreso; hecho lo cual arroja los frutos al agua conjurando al Dios para que se los lleve. Chiwuha y Nenda son otros demonios: dioses de la guerra, habitan en distintas comarcas de Uganda en árboles vigilados por algunos centinelas y á cuya sombra los wagandas antes de librar una batalla oran y sacrifican animales vivos, cabras, ovejas y bueyes — estos últimos siempre negros — que son recibidos por los referidos centinelas en nombre del Dios. En algunos puntos de este país hay divinidades de ríos á las cuales se ofrecen sacrificios humanos. Los antiguos reyes de Uganda son también considerados como una especie de semidioses, siendo cosa religiosa la conservación de sus sepulcros sobre los cuales se levantan edificios cuya vigilancia está confiada á uno de los primeros caudillos: en estos edificios se suelen sacrificar víctimas humanas. Los árboles plantados alrededor de estos sepulcros son cuidados, para librar en determinados casos de este trabajo al monarca reinante, por mujeres sabias, cuyos oráculos tienen fuerza preceptiva. El demonio Ndaula es, al parecer, uno de los antiguos reyes de Uganda y habita en la cima del monte Gambaragara, cubre el país de hojas y es venerado, es decir temido, como encarnación de las mismas. El trueno goza también de consideración divina y los indígenas construyen allí donde han visto caer un rayo, bien un arco, por debajo del cual no puede pasar ningún extranjero, ó bien pequeñas cabañas. Los supersticiosos wagandas se proporcionan grandes pedazos de talismanes confeccionados por sus curanderos,